

JUAN LUIS ALBORG: LATINISTA Y PRECURSOR DE LOS ESTUDIOS SOBRE HUMANISMO LATINO DEL RENACIMIENTO ESPAÑOL¹

CRISTÓBAL MACÍAS VILLALOBOS
Universidad de Málaga

Recepción: 15 de julio de 2022 / Aceptación: 15 de septiembre de 2022

Resumen: Decir que Juan Luis Alborg, además de su faceta como crítico literario e historiador de la literatura española, fue latinista constituirá sin duda una sorpresa para la mayoría de los lectores que se acerquen a este artículo. En efecto, tras el pertinente estudio de un buen número de documentos que se custodian en el Legado Juan Luis Alborg, depositado en la Universidad de Málaga, hemos podido reconstruir su trabajo como profesor de Latín durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, periodo en el cual publicó ediciones escolares de las *Odas* de Horacio y de las *Catilinarias* de Cicerón, y se doctoró en Historia por la Universidad de Madrid con una tesis, dirigida por Manuel Ballesteros, en la que analizaba el latín empleado por tres cronistas de Indias, por lo que podemos considerarlo un auténtico pionero de los estudios sobre el humanismo latino del Renacimiento español.

Palabras clave: Juan Luis Alborg, Manuel Ballesteros, enseñanza del latín, crónicas de Indias en latín.

¹ Este trabajo recoge en esencia los contenidos de la ponencia sobre Juan Luis Alborg como latinista que presentamos en el congreso internacional «Elio Antonio de Nebrija: Humanismo y poder», celebrado en Lebríja del 3 al 10 de julio de 2022. Este trabajo, además, se ha realizado en el marco del «Proyecto I+D de Generación de Conocimiento» CORPVS DE LA LITERATURA LATINA DEL RENACIMIENTO ESPAÑOL. IX Referencia PGC2018-094604-B-C31 (MCIU/AEI/FEDER, UE) y en colaboración con el Proyecto FEDER «Andalucía Literaria y Crítica: Fondos documentales para una historia inédita de la literatura española y su estudio. Los legados Juan Luis Alborg y Alfonso Canales de la Universidad de Málaga» (UMA18-FEDERJA-260).

Abstract: For most readers, if we say that Juan Luis Alborg, in addition to his role as a literary critic and historian of Spanish literature, was a Latinist, it will undoubtedly come as a surprise. Indeed, after the pertinent study of a good number of documents from the Alborg Legacy, currently deposited in the University of Malaga, we have been able to reconstruct his work as a Latin teacher during the forties and fifties of the last century, a period in which he published school editions of the *Odes* by Horace and the *Catilinaries* by Cicero, and he also took a Doctorate in History from the University of Madrid with a doctoral dissertation, supervised by Manuel Ballesteros. In this last work he studied the Latin used by three chroniclers of the Indies, so we can consider him a pioneer of studies on Latin humanism of the Spanish Renaissance.

Keywords: Juan Luis Alborg, Manuel Ballesteros, Latin teaching, Chronicles of the Indies written in Latin.

1. Introducción

Tras la constitución del legado de Juan Luis Alborg en la Universidad de Málaga, integrado por más de 6.000 volúmenes de su biblioteca personal y varios miles más de documentos, sobre todo cartas, custodiados desde mayo de 2017 en la Biblioteca de la Facultad de Estudios Sociales y Comercio, los responsables de la gestión del mismo, en particular la profesora María Belén Molina Huete, investigadora principal del proyecto «Andalucía Literaria y Crítica: Fondos documentales para una historia inédita de la literatura española y su estudio. Los legados Juan Luis Alborg y Alfonso Canales de la Universidad de Málaga» (ANLIT-C) —un proyecto I+D+I del Plan Andaluz de Investigación FEDER—, descubrieron entre los papeles del ilustre crítico e historiador de la literatura española un buen número de documentos que demostraban la actividad de Alborg como latinista durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, y sobre todo el hecho de que nuestro autor consiguió su doctorado, que le permitió el salto a los Estados Unidos, en Historia por la Universidad de Madrid —hoy Universidad Complutense— con una tesis sobre cronistas de Indias que escribieron su obra en latín, obra que permaneció inédita.

Tras contactar con nosotros y poner en nuestro conocimiento la existencia de tales documentos, la profesora Molina nos propuso elaborar un trabajo de investigación que abordara la faceta de Alborg como latinista. En este artículo recogemos los aspectos fundamentales que sobre el particular hemos podido recopilar hasta ahora. Hemos de añadir que este no es sino el primero de una serie de trabajos que vamos a dedicar a este ilustre valenciano y que incluirá la edición de su tesis doctoral sobre el empleo del latín por una serie de cronistas de Indias, a saber, Pedro Mártir de Anglería, Juan Ginés de Sepúlveda y Juan Cristóbal Calvete de Estrella,

que creemos de suma importancia porque le convierten en un auténtico precursor del estudio científico del humanismo latino durante el Renacimiento español, en una época en la que tales estudios no disfrutaban de la consideración y prestigio de los que gozan hoy día.

2. Periodo objeto de nuestro estudio: 1939-1961

Dentro de la larga y productiva carrera de Juan Luis Alborg, el periodo que nos interesa especialmente es el comprendido entre los años 1939, cuando terminada la Guerra Civil se licencia en Historia por la Universidad de Valencia (septiembre de 1939), y 1961, cuando se marcha a Estados Unidos con su familia con una beca Fulbright.

Estos son, además, los años del magisterio de Manuel Ballesteros Gaibrois sobre el joven Alborg, quien ya por entonces se contaba entre los discípulos y colaboradores más estrechos de Manuel Ballesteros, que a la sazón era catedrático de Historia Universal de la Universidad de Valencia (Pasamar Alzuria y Peiró Martín, 2002: 104)². Esto, sin duda, explica que en colaboración con Ballesteros publicara en 1948 uno de sus primeros libros, una *Historia Universal y de España*, en dos volúmenes, en la editorial valenciana Aeternitas, reeditada en 1949, que luego fue publicada en 1961 por la editorial Gredos con el título de *Manual de Historia Universal*, en un solo volumen, obra esta que conoció varias reediciones.

Asimismo, entre los años 1957 y 1962, colaboró con Ballesteros en el proyecto *Bibliotheca Indiana*, puesto en marcha por la editorial Aguilar para dar a conocer una serie de textos antiguos y modernos, escritos desde el siglo XVI hasta al menos el XIX, sobre la vida, costumbres, geografía e historia de América, de cuya dirección se encargó el propio Ballesteros.

Los participantes en el proyecto, todos ellos reclutados entre antiguos alumnos, debían realizar un estudio preliminar del autor o autores asignados, editar el texto (modernizando la ortografía y la puntuación) y elaborar el aparato de notas de los pasajes o términos que precisaran de explicación.

Respecto al trabajo hecho por Alborg en el marco de este proyecto, en el vol. I, aparecido en 1957, publicó el *Viaje del mundo hecho por el licenciado Pedro Ordóñez de Ceballos* (pp. 73-275); en el vol. II, del año 1958, la *Relación del viaje que hizo el general Sebastián Vizcaíno al descubrimiento de la costa del Mar del Sur* (pp. 61-86), y el *Viaje a América*, de René de Chateaubriand (pp. 433-563); en fin, en el vol. IV, de 1962, *Tres años de esclavitud entre los patagones (Relato de mi cautiverio)*, de Auguste Guinnard (pp. 1121-1197).

² Otros discípulos de Ballesteros fueron Alcina Franch, Bartolomé Escandell, Roberto Ferrando Pérez, Concha Abenia, Rosa Báguena, Vicenta Cortés Alonso, Leopoldo Piles Ros, María Concepción Bravo y Leoncio Cabrero Fernández.

Pero lo más importante para nosotros es que Ballesteros se encargó de dirigir la tesis doctoral de Alborg, titulada *Cronistas latinos de América en la España del siglo XVI (Contribución a su estudio)*, terminada en 1959 y leída a comienzos de 1960, en concreto, en febrero.

El trabajo desarrollado en su tesis, centrado en tres crónicas de Indias redactadas en latín por otros tantos cronistas, a saber, Pedro Mártir de Anglería, Juan Ginés de Sepúlveda y Juan Cristóbal Calvete de Estrella, supuso no solo el único trabajo científico que Alborg desarrolló en el ámbito de la filología clásica, sino también el punto culminante de su colaboración académica con Ballesteros, pues tras lograr el doctorado y gracias a la beca Fulbright que consiguió se le abrieron las puertas de los Estados Unidos. Una vez instalado allí, consagró todo su tiempo y esfuerzo a su labor como crítico literario, que ya había iniciado en España en los años cuarenta y cincuenta con numerosas colaboraciones en periódicos y revistas —actividad esta reconocida con la concesión del Premio Nacional de Literatura «Menéndez Pelayo» en 1959, por la publicación en 1958 del primer volumen de su *Hora actual de la novela española*—, y como historiador de la literatura española, olvidando casi por completo su faceta como historiador y como filólogo clásico.

Pero los años 1939 a 1961 fueron también testigos de los primeros pasos de Alborg como docente. A este respecto, nada más licenciarse, comienza a trabajar dando clases, sobre todo de Latín, en diversas academias y centros privados de Valencia, como la Academia Martí, el Colegio de San José (padres Jesuitas), el Colegio Nuestra Señora de Loreto, el Colegio de Jesús y María y la Academia de Santo Tomás de Villanueva. A este listado de centros se añade el puesto de Profesor Auxiliar de Filología Latina en la Universidad de Valencia entre los años 1944 y 1947³, que probablemente obtuvo con la ayuda de Ballesteros, todo ello sin dejar de ejercer como tutor de alumnos particulares que acudían a su casa y a los que daba clases a menudo hasta las 22:00 (Alborg, 2019: 15).

En 1952 se traslada con toda la familia a Madrid, donde ejerció como Profesor Auxiliar de Filología Latina en la Facultad de Filosofía y Letras de la entonces llamada Universidad de Madrid (actualmente la Complutense) desde octubre de 1952 y como Profesor Adjunto desde 1956. Además, según especifica el propio Alborg en un currículum mecanografiado, durante el curso 1958-1959 fue nombrado por el decano de Filosofía y Letras como Ayudante de Clases Prácticas de Lengua y Literatura Latina y Filología Latina, puesto este que mantuvo durante el curso 1959-1960, para pasar durante el curso 1960-1961 a ser Profesor Adjunto de Lengua Latina. Como Profesor Auxiliar de Filología Latina compartió la asignatura de

³ Esta información aparece en dos documentos mecanografiados, de contenido muy similar, que se conservan en el legado Alborg, que a modo de currículum redactó el propio Alborg con fecha 1 de agosto de 1960. En ellos se detalla en el apartado de «Historial docente», «Dedicación ininterrumpida a la docencia, preferentemente de Filología Latina, desde octubre de 1939», y da el listado de colegios citados más arriba, además de su trabajo en la Universidad de Valencia.

Lengua Latina con Bernardo Alemany Selfa, catedrático de Filología Latina de la Universidad de Madrid desde 1927 hasta su jubilación en 1966 e hijo de José Alemany Bolufer (1866-1934), catedrático de esa misma universidad desde 1899.

Como ya hiciera en Valencia, en Madrid compaginó su trabajo en la Universidad con clases de Latín en centros privados como el Colegio Alamán, situado en la calle del Pinar, desde octubre de 1952, y con clases particulares.

Creemos que cuando Alborg se decidió a abandonar su ciudad por Madrid lo hizo siguiendo a su maestro, Ballesteros, quien en 1949 había conseguido por oposición la plaza de catedrático de Historia de la América Prehispánica y Arqueología Americana en la Universidad de Madrid (Pasamar Alzuria y Peiró Martín, 2002: 103), iniciando de este modo su carrera como prestigioso americanista.

Según nos ha revelado su hija Concha, uno de los primeros alumnos de su padre en la Academia Martí fue José Zamit, que fue director y ayudante de dirección, conocido por películas como *El camino* (1964) —basado en la novela homónima de Delibes—, *Teatro de siempre* (1966) y *Personajes a trasluz* (1970)⁴, que acabó siendo uno de los mejores amigos de Alborg, hasta el punto de que lo visitaba a menudo en Indiana y le ayudaba pasándole a ordenador sus manuscritos.

Algunos de los que fueron sus alumnos recuerdan que sus métodos eran intuitivos y muy motivadores. La propia Concha tiene un buen recuerdo de su padre como profesor. De él destaca su claridad y su buen humor, así como que en sus explicaciones añadía detalles que no venían en los manuales escolares. Su padre le enseñó, entre otras cosas, Geografía, Historia, Francés, Griego Clásico y Latín, materias en las que luego sobresalió «probably thanks to the paternal foundation» (Alborg, 2019: 46). Francisco Ruiz Ramón, que fue autor del excelente manual *Historia del teatro español* (1967), fue alumno de Alborg y se refería a él como su «profesor de latín» en Valencia (Rodríguez Cuadros, 2017: 378).

De otro lado, de sus primeros años como profesor en la Universidad de Madrid, en concreto, del curso 1953/1954 se conserva en el legado un buen número de trabajos de alumnos, en esencia, resúmenes de contenidos de morfología y sintaxis latina, correspondientes a la materia de Lengua y Literatura Latina que se impartía en 2º de comunes de Filosofía y Letras, curso dividido en los grupos A y B. Entre los alumnos que firman esos trabajos hemos podido contactar con Milagros Laín Martínez, hija de Pedro Latín Entralgo, que llegó después a ser profesora del Departamento de Filología Románica de la Complutense. Según nos confirmó por correo electrónico, la copia del ejercicio que lleva su nombre y que se conserva entre los papeles de Alborg era efectivamente suya, pero que Alborg no llegó a darle clases. Es decir, la materia la impartía el catedrático, Alemany Selfa⁵, mientras

⁴ Cf. <https://www.imdb.com/name/nm0952644/>

⁵ Esto nos lo confirma también el hallazgo entre los materiales del legado de un «Programa de Lengua Latina», del que es autor Bernardo Alemany, cuyo contenido coincide plenamente con la relación de resúmenes escolares que conservamos.

que Alborg, como profesor auxiliar, era un mero colaborador, sin contacto directo con los alumnos.

Para terminar este apartado, se conserva en el legado Alborg un poema que le dedicó un tal Javier Palomo (probablemente un seudónimo) con motivo de la obtención por Alborg del Premio Nacional de Literatura «Menéndez Pelayo» en 1959, según ya hemos indicado, poema donde leemos: «Así, tan sencillamente / dando latines a diario / conquistado has de repente / premio tan extraordinario».

A partir de todo lo dicho, queda claro que Alborg en los cuarenta y los cincuenta era más conocido a nivel académico como historiador y latinista, mientras que su proyección pública empezaba a ser como crítico literario en periódicos y revistas culturales.

3. Su labor como latinista: obras didácticas y tesis doctoral

3.1. Alborg y su conocimiento del latín

Según ya hemos comentado, Alborg se licenció en 1939 en la Universidad de Valencia como historiador⁶ y desde el comienzo de su trabajo como docente una de las materias que más impartió fue Latín. ¿De dónde le venía su conocimiento de la lengua latina? Según comenta Concha (Alborg, 2019: 93), tras la muerte de su padre, el joven Alborg fue enviado por su tío Miguel Alborg Vilaplana, bajo cuya tutela quedó el niño, al seminario de los Jesuitas, donde recibió una buena educación, sobre todo en las materias de Clásica. Pero, al darse cuenta de que no tenía verdadera vocación sacerdotal, acabó abandonando el seminario.

Esta preciosa información que nos proporciona su hija podemos concretarla un poco más a partir de la documentación que hemos encontrado entre los papeles de su padre. Así, el mencionado seminario de los Jesuitas era el Colegio Santo Tomás de Villanueva, donde Alborg ingresó en 1925, es decir, cuando contaba con once años (no olvidemos que nació en 1914). En 1930 ingresó en el Colegio de Vocaciones Eclesiásticas de San José, donde hizo el primer curso de Filosofía.

Respecto a los conocimientos de Latín que pudo adquirir el joven Alborg en el seminario, hay que recordar que el Plan de Estudios de 1852, que tanta influencia ejerció en los posteriores planes de estudios de los seminarios diocesanos, establecía una primera etapa de cuatro años, denominada Latín y Humanidades, en la que se estudiaban las siguientes materias relacionadas con las lenguas clásicas: Rudimentos de Latín y Castellano, Sintaxis de Latín y Castellano (1^{er} curso); Sintaxis Latina y Castellana (2^o curso); Principios de Lengua Griega (3^{er} curso); Lengua Griega (4^o curso) (González Lozano, 2015: 57).

⁶ Aunque hay que advertir que entonces en Valencia, en Filosofía y Letras, la única especialidad que se impartía era precisamente Historia.

Después de abandonar el seminario, Alborg obtuvo el título de bachiller en 1935 (24 de enero) en el Instituto de Segunda Enseñanza Lluís Vives. A este respecto hay que advertir que 1935 es la fecha en que se emitió el título, por lo que sin duda terminó el bachillerato en 1934.

Como nos informa Concha (Alborg, 2019: 93), su padre se matriculó por libre en la Universidad de Valencia, algo que creemos que ocurrió durante el curso 1934-1935, y era tan sólida su formación que cuando estalló la Guerra Civil, en la que Alborg fue movilizado por el ejército republicano, apenas le quedaban cinco asignaturas para terminar —a saber, Historia Universal Moderna, Historia Universal Contemporánea, Geografía, Arqueología y Epigrafía (Alborg, 2019: 37)—, algo que logró cuando la universidad reabrió sus puertas en 1939 tras el final de la guerra.

Una vez terminados sus estudios, las circunstancias históricas favorecieron que el recién licenciado pudiera encontrar rápidamente trabajo impartiendo clases, entre otras cosas, de Latín. Y es que en septiembre de 1938 se había promulgado la primera ley educativa franquista por parte del ministro de Educación Nacional del primer gobierno de Franco, Pedro Sainz Rodríguez, en la que se estableció el nuevo plan de Bachillerato, que en esencia retomaba el esquema de la antigua Ley Moyano de 1857, con un bachillerato de siete años, con siete asignaturas cada año, entre las que el Latín estaba presente en todos los cursos y el Griego a partir de 4°. Evidentemente, la imposición de este bachillerato fundamentalmente humanístico incrementó notablemente la necesidad de contar con profesores de Latín respecto a lo que habían sido las primeras décadas del siglo xx.

La cuestión es que los años de estudio de lengua latina que acumuló entre el seminario, el bachillerato y la universidad, pero sobre todo su amplia experiencia como profesor de Latín —prácticamente, veintidós años— explican el dominio que Alborg debía tener de la lengua latina y que justifica que, como latinista, se atreviera a redactar ediciones escolares de textos latinos y sobre todo a realizar su tesis doctoral sobre el latín empleado por tres de nuestros más destacados cronistas de Indias.

3.2. *Alborg, autor de ediciones escolares de textos latinos*

Fruto de su experiencia como docente de lengua latina y llevado sin duda por la escasez de textos escolares adecuados, Alborg se animó a publicar dos ediciones escolares de textos latinos, una de las *Odas* de Horacio y otra de las *Catilinarias* de Cicerón. La edición de Horacio⁷ es una edición bilingüe, con el texto latino y

⁷ HORACIO (1941): *Odas: libro primero*, Tipografía Moderna, Valencia del Cid, 219 pp. Selección, traducción, ordenación y notas de Juan Luis Alborg.

español *a fronte*, de una selección de 25 de las 38 odas de que consta el libro 1⁸. En ella Alborg sigue fielmente la edición de Vollmer⁹.

La edición incluye también el texto latino «ordenado» en prosa para facilitar su seguimiento por el alumno. En las notas Alborg se muestra parco en las explicaciones gramaticales y se extiende mucho más en las de contenido histórico y mitológico. En la métrica no se limita a la clasificación de los versos que Vollmer incluía en su edición, sino que también añade la división en pies, para facilitar su estudio a los alumnos.

La traducción es bastante respetuosa con el original, siendo su lectura fluida y amena, pues evita ser excesivamente literal, aunque hemos detectado varias erratas en el texto latino. No parece que tuviera mucha difusión (de hecho, no aparece mencionada en el *Année Philologique*), aunque tenemos información de que la edición se agotó pronto¹⁰. No tenemos indicios de que volviera a reeditarse.

Los destinatarios finales eran, evidentemente, los estudiantes de Bachillerato que se vieran en la tesitura de tener que traducir a nuestro poeta. Alborg dice al respecto: «el lector medio, poco afortunado en la rebusca por tenderetes de viejo o escasamente aficionado a la lectura socializada en públicas bibliotecas» (Horacio, 1941: 6).

Una de las razones que alega para publicar una obra de estas características era la clamorosa falta de textos escolares similares, obra de autores españoles, más evidente si cabe en un momento en que, por las duras condiciones económicas de la posguerra española y por las propias circunstancias de la guerra en Europa, era prácticamente imposible disponer de textos de editoriales extranjeras (Horacio, 1941: 6).

Muy interesante nos parece su afirmación de que para conocer a los clásicos no es suficiente la versión castellana, que «resultará siempre fría y remota al espíritu del lector medio que no conozca el idioma original», sino que es fundamental el estudio directo de los textos originales (Horacio, 1941: 7).

Asimismo, sostiene que si se quieren restaurar en España los estudios humanísticos y «crear nuevas generaciones de humanistas», había que poner a disposición de los alumnos colecciones de textos latinos que cumplieran dos condiciones: «asequibilidad económica y claridad» (Horacio, 1941: 8).

Para lograr la calidad era preciso «servirles los textos desmenuzados y con las notas, explicaciones y ayudas necesarias, porque de lo contrario nadie se atreverá con ellos. Habla aquí nuestra preferencia de profesor. No olvidemos que las aficiones clásicas y la preparación, por tanto, se han perdido entre nosotros» (Horacio, 1941: 8).

⁸ En concreto, las odas incluidas son la 1, 2, 3, 4, 5, 7, 8, 9, 11, 12, 14, 15, 17, 18, 19, 22, 23, 24, 27, 30, 31, 33, 34, 35 y 38. En ningún momento indica Alborg el criterio seguido para seleccionar las odas incluidas en su edición.

⁹ VOLLMER (1907): *Q. Horati Flacci Carmina*, Editio maior, in aedibus B. G. Teubneri, Lipsiae.

¹⁰ Así al menos aparece indicado en varios de los currículos mecanografiados que conservamos en el legado.

Con ello demuestra Alborg su clara conciencia de la delicada situación en que se encontraban entonces los estudios clásicos en nuestro país, después de tantos años de abandono en los sucesivos planes de estudio.

La segunda edición escolar que publicó Alborg corresponde a las *Catilinarias* de Cicerón¹¹. En este caso, se trata de la edición del texto latino de esta importante obra del Arpinate, acompañada de una amplia introducción histórica (pp. 9-53), dividida en dos apartados: I. Los problemas político-sociales del mundo romano; II. La conjuración de Catilina. Dedicada también algunas páginas en la introducción a cuestiones literarias y de estilo (pp. 62 ss.). El texto latino va profusamente anotado, con la traducción y el análisis morfológico de palabras y expresiones latinas concretas. El texto se publicó para el preuniversitario de 1959.

Para el texto latino el autor siguió la edición de Oxford, de A. C. Clark¹² y la de Les Belles-Lettres, obra de H. Bornecque¹³.

José Jiménez Delgado (1909-1989), filólogo clásico y padre claretiano, que ejerció la docencia en la Universidad Pontificia de Salamanca y en la Universidad de Toledo y escribió la mayor parte de su obra en latín¹⁴, publicó en *Helmantica* XI (1960: 201-202) una reseña de dos ediciones de las *Catilinarias* publicadas ambas en 1959, la de Alborg y la de Segura Munguía.

De ambas, Jiménez Delgado pone de relieve su finalidad didáctica, y entre los defectos que ambas presentan, una introducción demasiado extensa y difusa y, en el caso de Alborg, excesivamente alejada del centro de interés que son las *Catilinarias*, todo ello en detrimento del propio texto. Otro de sus fallos son los frecuentes «deslices» en el texto latino.

Esta edición tuvo bastante circulación y aparece indexada en varios repertorios bibliográficos, entre ellos el *Année Philologique*, y recogida en la bibliografía de ediciones posteriores del texto latino.

Para terminar este apartado decir que las ediciones escolares de las que fue autor Juan Luis Alborg presentan como nota común la importancia concedida al contexto histórico por encima de lo puramente lingüístico o literario, que parece denotar la formación de historiador de su autor, aunque también podría justificarse por el carácter didáctico de los textos, en concreto, por la necesidad de contextualizar la obra que se va a trabajar.

Esta importancia dada al contexto y a los *realia*, algo relativamente moderno entonces, era una novedad respecto a las prácticas docentes habituales en las décadas de los cuarenta y los cincuenta en España.

¹¹ CICERÓN (1959): *Catilinarias*, La Ballesta, Madrid, 158 pp. Texto latino, introducción, comentario y notas por Juan Luis Alborg.

¹² CLARK, A. C. (1938): *M. Tulli Ciceronis Orationes*, vol. I, Oxford, 6ª ed.

¹³ BORNECQUE, H. (1950): *Cicéron. Discours*, vol. X, Les Belles-Lettres, 1ª ed.

¹⁴ De la que destaca su traducción anotada del *De uini commoditatibus libellus*, del médico del XVI Alfonso López de Corella.

Asimismo, entre los aspectos positivos de ambos textos está el hecho de que parten de las mejores ediciones entonces disponibles, y en lo referente a la traducción —en el caso de las *Odas* de Horacio— se muestra muy respetuosa con el original, pero sin caer en una excesiva literalidad que haga pesada y poco fluida su lectura. Más enojosos y criticables, incluso en una edición escolar, son los errores que presenta el texto latino de ambas ediciones, atribuibles probablemente a los editores más que al propio autor.

3.3. *Su tesis doctoral*

Como ya se ha indicado, bajo la dirección de Manuel Ballesteros, Alborg elaboró el único trabajo científico adscribible al ámbito de la filología clásica, su tesis titulada *Cronistas latinos de América en la España del siglo XVI (Contribución a su estudio)*, que terminó en 1959, pero que defendió en febrero de 1960. En ella obtuvo la calificación de Sobresaliente —*Summa cum laude*, según un currículum del propio Alborg del año 1974, cuando ya residía en Estados Unidos, en el que, sorpresivamente, su tesis doctoral pasa a titularse *Los Cronistas latinos de Indias en el siglo XVI: sus procedimientos de latinización*—, logrando así el título de doctor por Historia, algo fundamental para poder dar el salto a los Estados Unidos. La tesis, de la que siempre se mostró muy orgulloso (según su hija), permanece inédita y apenas tuvo circulación, salvo quizás algo en los Estados Unidos, pues, según nos informó la propia Concha, le sirvió de base para hacer algunos trabajos de su doctorado en USA, donde la conoció y la manejó la profesora Adriana Lewis Galanes, de la Temple University. Además, el trabajo de Alborg era absolutamente pionero, pues el estudio de los neologismos de los que se sirvieron tres cronistas latinos de Indias para expresar las realidades del Nuevo Mundo era un aspecto apenas estudiado por la literatura científica de la época, lo cual arroja aún más dudas sobre las razones que podrían explicar que una obra así no llegara a publicarse.

Entrando en materia, la tesis de Alborg se centraba en el empleo de la lengua latina por parte de Pedro Mártir en sus *Decades de Orbe Nouo*, Juan Ginés de Sepúlveda en su *De rebus Hispanorum gestis ad Nouum Orbem Mexicumque* y Juan Cristóbal Calvete de Estrella en su *De rebus Indicis*. En palabras de Alborg, el objetivo último era «el estudio de su lenguaje en cuanto está puesto al servicio de la narración de los hechos del Nuevo Mundo» (Alborg, 1960: 16).

Para llevarlo a cabo, su estudio se centra sobre todo en el examen de los procedimientos de latinización usados por estos autores para expresar en latín las realidades del Nuevo Mundo; en comprobar el grado de originalidad del latín empleado y cuáles pudieron ser las influencias recibidas de los autores clásicos; y, por último, el mérito artístico de estos cronistas como escritores en latín.

Una cuestión importante que trata de responder Alborg es por qué estos autores usaron el latín en sus crónicas. En el caso de Pedro Mártir, según Alborg (1960: 18), las razones últimas serían:

a) La propia magnitud y trascendencia de los hechos narrados, que harían que el vehículo de expresión más digno fuera la lengua latina.

b) Los destinatarios finales no eran solo los lectores españoles, sino que el tema interesaba a gente de toda procedencia, por lo que había que buscar un medio de expresión que fuera entendido por todos, sin necesidad de recurrir a las engorrosas y lentas traducciones, y ese medio era el latín.

c) Asimismo, Pedro Mártir dedicaba y enviaba sus *Decades* a los personajes más importantes de entonces, la mayoría extranjeros, por lo que era lógico emplear el latín.

En el caso de Sepúlveda, según Alborg (1960: 18-19), este era considerado entonces uno de nuestros más eximios latinistas, ya que había redactado en latín sus obras doctrinales y polémicas, a las que debía su puesto de excepción en el pensamiento filosófico, político y jurídico de entonces, por lo que era lógico que lo siguiera utilizando para escribir la historia americana.

En el caso de Calvete de Estrella, según Alborg (1960: 19), pudo ser, siguiendo una razón sugerida por López de Toro, editor de Calvete, porque nuestro autor intentara hacer méritos, ya que había solicitado en mayo de 1581 la plaza de cronista latino. Por ello, redactar unas crónicas en latín era una buena forma de demostrar que se estaba capacitado para el cargo.

De otro lado, pone de relieve Alborg (1960: 20) la dificultad de la tarea acometida por los tres cronistas, pues el arsenal léxico de los historiadores latinos era claramente insuficiente para representar las realidades del Nuevo Mundo. Esta dificultad radicaba no solo en qué vocablo concreto emplear para trasladar tal o cual nombre propio u objeto de la realidad material americana, sino que también se trataba de verter en latín unas normas, unas costumbres, unos modos de ser y de actuar muy distintos a los de la Antigüedad.

Respecto a su propio trabajo, Alborg (1960: 23) destaca la novedad absoluta del tema objeto de estudio, pues en su época poco o nada similar se había hecho, salvo las breves sugerencias de López de Toro sobre el estilo de Pedro Mártir en el volumen segundo de su edición del *Opus Epistolarum*.

Dada la novedad del tema y siendo tan extensas las obras analizadas, es lógico que el autor considere su tesis como una primera contribución, «con todos los riesgos y trabajos de un desbroce previo, que podrá ser objeto de futuras ampliaciones y retoques» (Alborg, 1960: 24).

En cuanto al método de trabajo seguido, partiendo de la lectura directa de las crónicas estudiadas, fue tomando nota de todas las voces nuevas que podían ilustrar el problema de su latinización. De este cúmulo de voces seleccionó solo las más

representativas para «establecer las normas seguidas por estos cronistas en la latinización de las nuevas realidades» (Alborg, 1960: 24-25).

Respecto a las ediciones manejadas (Alborg, 1960: 26-27) —dado que no incluye un apartado específico de bibliografía—, en el caso de Pedro Mártir sigue la edición de Hakluyt, *De Orbe Nouo Petri Martyris Anglerii Mediolanensis... Decades Octo*, del año 1587, que fue la segunda completa de las ocho Décadas¹⁵. Manejó también la edición de Nebrija de las tres primeras Décadas, *Martir de Angleria de Orbe Nouo Decades*, publicada en Alcalá en 1516, porque incluía *uocabula barbara*, es decir, un vocabulario de unas 366 palabras, colocado a continuación del texto de Mártir, sin paginación numérica en la edición, con un listado de términos latinos que el cronista acuñó para expresar las nuevas realidades (Alborg, 1960: 40).

Para Sepúlveda Alborg se sirvió de la edición de sus obras completas realizada por la Real Academia de la Historia y que llevaba por título *Ioannis Genesii Sepuluedae, Cordubensis, opera, cum edita, tum inedita* (Madrid, 1780). La crónica *De rebus Hispanorum gestis* figura en el tomo tercero de los cuatro de que consta la edición, entre las pp. 1 a 244.

En el caso de Calvete empleó la edición, reciente entonces, de López de Toro, *De rebus Indicis* (CSIC, Madrid, 1950).

En cuanto a la estructura del trabajo, Alborg dedica a Pedro Mártir las pp. 29 a 181; a Sepúlveda, las pp. 182 a 275; a Calvete, las pp. 276 a 484; y al apartado de Conclusiones, las pp. 485 a 499.

Asimismo, el estudio de cada autor presenta una estructura similar: empieza en todos los casos con unas consideraciones preliminares, estudia luego los procedimientos seguidos por el autor para la latinización de los vocablos romances e indígenas, dividiendo este apartado en: a) cargos políticos; b) nombres propios; c) cosas. Añade a continuación una sección sobre la influencia de los autores clásicos en el autor en cuestión y termina con una breve antología de pasajes del autor estudiado que destacan por su brillantez estilística, en particular, por el arte descriptivo o narrativo del mismo.

Establecidos los objetivos del trabajo, su metodología y estructura es el momento de detenernos en sus conclusiones principales.

De entrada, una de las cuestiones principales que Alborg intentaba resolver con su estudio eran las razones que llevaron a estos tres cronistas a usar el latín.

En primer lugar, destaca Alborg (1960: 486) que nos encontramos ante tres consumados humanistas, que dominan perfectamente la lengua latina. Sin embargo, las razones que explican el empleo del latín varían de unos a otros. Así, para Pedro Mártir el latín supone el vehículo idiomático indispensable para llegar a lectores de los más diversos países, sin tener que recurrir a las fastidiosas y lentas

¹⁵ La primera completa fue la publicada en Alcalá de Henares en 1530.

traducciones (Alborg, 1960: 487). En el caso de Ginés de Sepúlveda, para él escribir en latín era tan natural que seguramente no llegó a plantearse escribir en otra lengua —sin olvidar que el latín era entonces la lengua de la ciencia— y no parece que tuviera intención de llegar a un público amplio (Alborg, 1960: 488). En el caso de Calvete, gusto y dominio del latín, además de pretensión de darle un alcance internacional a su obra, sin olvidar otra razón más «egoísta»: demostrar su pericia en el manejo del latín ante la perspectiva de conseguir la plaza oficial de cronista latino (Alborg, 1960: 490).

El segundo objetivo de la tesis era saber qué concepto tenían estos tres autores del latín, algo fundamental, pues esto va a determinar la forma de afrontar la latinización de términos para reflejar las realidades del Nuevo Mundo. Para Mártir, el latín era algo vivo y dinámico, y por ello susceptible de transformación, lo cual explicaría el gran número de neologismos, popularismos y vocablos romances, poco o nada latinizados, que emplea (Alborg, 1960: 491). Sepúlveda y Calvete mantienen una actitud mucho más conservadora. Ello explica que solo recurran a los neologismos estrictamente necesarios, sobre todo los referidos a apellidos y nombres indígenas —de personas y geográficos—, pues lo habitual es que se sirvan del arsenal léxico latino disponible, buscando una equivalencia más o menos próxima (Alborg, 1960: 492).

Otro de los objetivos esenciales de la tesis era ilustrar los procedimientos de latinización empleados por cada uno de los autores. Pedro Mártir latiniza directamente el vocablo romance o indígena, sobre todo en el caso de nombres de cargos y dignidades, y para referirse a armas, naves y vestidos, entre otras cosas, atribuyéndole la declinación más afín según su terminación, y ello porque, según Alborg, quiere hacerse comprender ante todo. Ello da como resultado un latín poco puro, que sin embargo consigue retratar fielmente la realidad. Además, es característico de este autor que, después de latinizar el vocablo romance o indígena, repita de manera obsesiva su significación o equivalencia. Recurre también al empleo de refranes, modismos y frases populares. En el caso del nombre de las ciudades españolas, incluso de aquellas que tienen un equivalente en la antigua latinidad, Mártir suele preferir la forma romance latinizada, «para conservar el sabor auténtico» (Alborg, 1960: 493).

Sepúlveda y Calvete prefieren siempre la expresión latina más perfecta, clásica y correcta. En el caso de los apellidos, ambos siguen sin excepción los procedimientos más cultos y acreditados por los humanistas. Al referirse a cargos, títulos, etc., ambos buscan siempre el vocablo culto. Como a veces la equivalencia no es exacta, hay que deducir su significado por comparación o acudiendo incluso a las fuentes españolas (Alborg, 1960: 494). El resultado es un latín puro, pero, según Alborg (1960: 495), «la realidad queda teñida de una transposición de clasicismo que la ennoblece y teatraliza, dejándola más pulcra, pero con frecuencia falseada».

Respecto a la influencia que han recibido los tres cronistas de los autores latinos clásicos, los tres se encontraban familiarizados con los mejores modelos de la latinidad.

De los tres, sería Pedro Mártir el más alejado de la imitación directa. No obstante, es evidente la influencia de Cicerón, de Plinio. Es fácil encontrar expresiones, fraseología o palabras concretas procedentes de estos autores o de los historiadores César, Salustio o Livio, pero es más difícil encontrar fragmentos concretos con una correspondencia más o menos exacta con alguno de los modelos. Su obra tiene un carácter enciclopédico, de forma que desborda lo que podría deber a un modelo concreto; sin embargo, tiene una semejanza general, aunque no siga su estilo, con Plinio (Alborg, 1960: 496).

Por su parte, Sepúlveda y Cañete se muestran más fieles a los modelos clásicos. Sepúlveda es deudor ante todo de Cicerón, principalmente en sus tratados doctrinales y polémicos; en su crónica imita a los historiadores, sobre todo a César, de quien toma el tono general, frases y modismos; esto le sucede en menor medida con Tito Livio y Salustio. Calvete sigue especialmente a César, Tito Livio, Salustio y Cicerón, este último sobre todo en los últimos libros; los demás, a lo largo de toda la obra. Calvete ha logrado asimilar perfectamente a sus modelos, sin por ello perder su acento personal (Alborg, 1960: 497).

Otro de los objetivos de la tesis era averiguar el valor artístico de cada uno de los cronistas. Según Alborg (1960: 498), Pedro Mártir «es un auténtico creador tanto por el fondo como por la forma». Su latín dista de ser fácil o sencillo. De hecho, sus construcciones son con frecuencia arduas y retorcidas, su hipébaton complejo y su expresión a veces oscura. Por ello lo que da valor principal a su obra es su fuerza expresiva.

Por su parte, Sepúlveda era consciente de que la suya era una obra menor dentro del conjunto de su producción. Se muestra un gran artista en el empleo del latín, pero más como imitador que como maestro.

Calvete se encuentra a medio camino entre los dos, de forma que a veces tiene el interés enciclopédico de Mártir, pero sin igualarlo; en cambio, lo supera en belleza formal y en la perfección de su latín, aspecto este en que aventaja a Sepúlveda. Calvete destaca especialmente en las descripciones y narraciones en los momentos de mayor dramatismo (Alborg, 1960: 499).

La observación final de Alborg (1960: 499) es que las obras de estos tres cronistas latinos son aportaciones de primer orden tanto en el campo historiográfico como estilístico, y son producciones parangonables con las de los mejores escritores latinos de la época.

4. Conclusiones

Terminada la Guerra Civil y recién licenciado, el joven Alborg (tenía entonces 25 años), acuciado por la necesidad de un trabajo que le permitiese mantener a la familia que tenía proyectado formar con la que era su novia desde comienzos de

1937¹⁶, Conchita Carles —se acabarían casando el 26 de diciembre de 1942—, encontró en la enseñanza del latín, así como de otras materias humanísticas, el medio para conseguir los recursos económicos que le permitiesen iniciar esta nueva etapa de su vida, sobre todo, por la creciente necesidad de profesores de lengua latina tras la imposición de un bachillerato de siete años, de tipo humanístico, por parte del ministro de Educación franquista Sainz Rodríguez. Además, a pesar de su formación como historiador, Alborg tenía un buen conocimiento del latín, adquirido sobre todo en los años que pasó en el seminario.

Sin embargo, las estrecheces económicas de nuestra posguerra, unidas al difícil panorama internacional tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, que hicieron que los sueldos fueran escasos y que a menudo se cobraran tarde y mal¹⁷, explican que el joven profesor se viera obligado a simultanear varios trabajos en academias y centros privados, religiosos o no, así como en la universidad, tanto en Valencia como en Madrid, sin olvidar el recurso a la enseñanza privada en su propio domicilio, a menudo hasta altas horas de la noche. A este respecto, es muy probable que la razón última que le llevó a elaborar y publicar las dos ediciones de textos clásicos que hemos mencionado, la edición bilingüe de una selección de textos del libro primero de las *Odas* de Horacio y la edición anotada de las *Catilinarias* de Cicerón, fuera la esperanza de conseguir un dinero seguro con la venta de este material didáctico para así completar su magro sueldo como docente.

Asimismo, a la vista de las opiniones que hemos podido recabar y analizando las dos ediciones escolares latinas, podemos afirmar no solo que Alborg era un buen profesor, claro y didáctico, dotado de un gran bagaje cultural fruto de sus innumerables y variadas lecturas —de modo que le permitía explicar a sus alumnos contenidos que no «venían» en los manuales al uso—, sino que también sus metodologías eran ciertamente innovadoras para la época, al dar un gran peso a la explicación del contexto y de los contenidos de *realia*, al facilitar la comprensión de los difíciles textos poéticos horacianos «ordenando el texto» como si de prosa se tratara, aunque fuera a costa de reducir el peso de lo lingüístico y literario, algo que le criticó el gran filólogo clásico José Jiménez Delgado en la reseña que publicó en *Helmantica* de su edición latina de las *Catilinarias*. Otra cuestión es la calidad del texto latino de sus ediciones escolares, con frecuentes erratas, atribuibles a la premura con que solían editarse este tipo de textos.

La situación aquí descrita se prolongó hasta el año 1961, cuando se marcha a Estados Unidos con su familia tras conseguir una beca Fulbright. Las condiciones

¹⁶ «[...] they met on January 1 1937, at the party of a theater group that my mother belonged to. Ferri, a mutual friend, introduced them» (Alborg, 2019: 37).

¹⁷ «It was also shocking to read that my dad had to go from house to house to get paid; even Academia Martí would not pay his August wages until October» (Alborg, 2019: 163); «People were late paying my dad's wages and he had to go, practically begging, from place to place» (Alborg, 2019: 166).

de vida que allí encontró, con muy pocos encargos docentes a la semana¹⁸, un buen sueldo y mucho tiempo libre para investigar y escribir le decidieron enseguida a buscar la forma de quedarse en USA, como así fue, hasta el final de sus días¹⁹.

Pero el panorama aquí descrito quedaría incompleto si no reconocieramos la importancia del magisterio de Manuel Ballesteros al menos en la carrera investigadora del joven Alborg.

Discípulo y estrecho colaborador del maestro desde el inicio de la década de los cuarenta, Alborg compaginó la elaboración de manuales de Historia Universal con ediciones de textos para la *Bibliotheca Indiana*, coincidiendo con el traslado de Ballesteros como catedrático a la Universidad de Madrid y su orientación hacia la Historia de América, de la que llegaría a ser uno de los grandes expertos patrios.

Es en ese contexto de perfil claramente americanista en el que tenemos que circunscribir su ya comentada tesis doctoral, donde aúna su interés por la historia americana con sus conocimientos de lengua latina, todo ello bajo la égida de Ballesteros.

El resultado de su trabajo fue un estudio absolutamente pionero entonces, al interesarse por los procedimientos de latinización, es decir, la creación de neologismos latinos, para explicar al público español y europeo el alcance de los extraordinarios descubrimientos que se estaban produciendo allende el océano, algo que la literatura científica de su época ni se había planteado.

Con su tesis, Alborg demostró no solo que era un buen docente, sino también un buen conocedor de la lengua latina, clásica y del periodo humanista, y en sus conclusiones se adelantó varias décadas a otros estudios sobre los autores y obras de los que Alborg ya se había ocupado, Pedro Mártir, Ginés de Sepúlveda o Calvete de Estrella.

Por eso, dada la importancia y la novedad de un trabajo de esta índole, lo que nos extraña, al menos desde la perspectiva actual, es que no llegara a publicarse.

Nuestra extrañeza aumenta porque hemos descubierto que, simultáneamente a la de Alborg, se leyó otra tesis doctoral, *Exoticismo americanista: Pedro Mártir de Anglería y su ideología exoticista*, de María de las Nieves Olmedillas, leída en la Universidad de Madrid en 1959 y dirigida también por Manuel Ballesteros. Esta tesis, a diferencia de la de Alborg, sí se acabó publicando como libro en 1974, en la editorial Gredos, con prólogo del propio Ballesteros.

Como es lógico en dos tesis de temática muy similar y dirigidas por el mismo profesor, hemos encontrado algunos aspectos coincidentes entre ambos trabajos.

¹⁸ «His teaching load consisted of two or three classes a week which, compared to his schedule in Madrid, gave him a lot more time for his writing» (Alborg, 2019: 182).

¹⁹ Su primer destino fue Seattle, en el estado de Washington. Cuando terminó su contrato con el Programa Fulbright, debió volver a España durante dos años, tras los cuales regresó a Estados Unidos, pero esta vez a la Purdue University, en Indiana (Alborg, 2019: 186).

Así, cuando Olmedillas habla del estilo de Mártir de Anglería llega a unas conclusiones parecidas a las de Alborg:

El estilo del aronés, como buen renacentista, es ampuloso y ciceroniano, con tendencia a la serenidad y orden, comunes a la época. Se basa, por supuesto, en los autores de la antigüedad clásica y entre ellos sigue especialmente a Plinio y Tito Livio, que son sus verdaderos modelos. No consigue, sin embargo, escribir en un latín tan puro como el de los antiguos, pero lo que pierde en pureza lo gana en vivacidad e interés documental (Olmedillas, 1974: 67).

También en la obra de Olmedillas (1974: 162 ss.) hay, como en la tesis de Alborg, una alusión a las fuentes clásicas.

Y, quizás lo más importante, el trabajo de Olmedillas incluye un «vocabulario exótico» (1974: 197-221), solo que las citas que la autora incluye para ilustrar las acepciones de los términos están en español²⁰.

A la vista de esto y tratándose de tesis de temática muy similar, ¿por qué la de Olmedillas sí se publicó, además en una editorial del prestigio de Gredos, mientras que la de Alborg permaneció inédita?

Una posible respuesta podría estar en el hecho de que el trabajo de Alborg se centraba en el latín humanístico, un ámbito de estudios al que los filólogos clásicos españoles de posguerra concedían escaso valor. A este respecto, contamos con el testimonio de Luis Gil Fernández, quien, como nos dice en el Prólogo de su clásico *Panorama social del humanismo español* (1981: IX-X), sufrió en carne propia este menosprecio. En efecto, en 1966 se le encargó una ponencia para el III Congreso Nacional de la SEEC sobre *El humanismo español del siglo XVI*, que trató de abordar al modo tradicional, pero que, ante la falta de referentes a los que remitirse, solo pudo desmitificar algunos de los tópicos entonces vigentes sobre nuestro Siglo de Oro. Según confiesa Gil Fernández, esa ponencia le trajo algunos importantes disgustos, entre ellos, la mirada inquisitorial que durante la lectura de esta le dirigió el venerable y por él admirado P. Errandonea. Pero, como el propio Gil reconoce, el hecho de haber dedicado su tiempo y esfuerzo a indagar sobre nuestros humanistas le llevó a «hacerme reparar en la gran injusticia que nosotros, los continuadores de los afanes e ilusiones de los humanistas, cometíamos con nuestro desprecio a su labor» (1981: X).

Por tanto, no es descartable que esta incompreensión y desprecio hacia el trabajo de los humanistas entre los filólogos clásicos españoles pudiera haber influido en que el pionero trabajo de Alborg no viera la luz.

Sin embargo, se nos ocurre una explicación mucho más simple y «lógica», que engarza bien con la trayectoria vital de Alborg: su marcha a Estados Unidos en 1961. En efecto, con su marcha Alborg se va alejando paulatinamente del magisterio de

²⁰ En concreto, cita siguiendo la traducción española de las *Décadas* debida a Joaquín Torres Asencio, impresa en Madrid en 1892, y editada nuevamente en Buenos Aires en 1944.

Ballesteros. Es como si se independizara y emprendiera un camino propio en materia de investigación, en el que se decantó definitivamente por la crítica literaria, que había venido trabajando durante los cuarenta y los cincuenta paralelamente a sus trabajos en el ámbito de la historia, y la historia de la literatura española, por lo que en esta nueva etapa habría tenido quizás poco sentido intentar la publicación de la que había sido su tesis.

Sea como fuere, la consecuencia es que su tesis apenas tuvo circulación. Preguntada su hija Concha al respecto, en correo electrónico fechado el día 4 de noviembre de 2021, nos comentó que, con ocasión de su primer trabajo de investigación durante su doctorado en Estados Unidos, que consistía en catalogar las palabras indígenas en los cronistas de Indias, su padre le prestó su tesis a la profesora que le dirigía el trabajo, Adriana Lewis Galanes, actualmente, profesora emérita de Temple University, en Philadelphia. Y, aunque al preguntarle directamente a la profesora Galanes sobre la posible difusión de la tesis de Alborg en los USA no nos ha podido proporcionar datos concretos, hemos de señalar que en el legado Alborg hemos encontrado, catalogado con la signatura JLA/2984, una separata de un trabajo de la profesora Galanes en el que se detiene a analizar la *Oceanea Decas* de 1511 como obra singular e independiente de la magna obra que Mártir de Anglería habría ideado después de 1513, al ser nombrado papa León X (Galanes, 1989).

Pues bien, en este trabajo Galanes se detiene en la caracterización del latín empleado por Mártir de Anglería, que considera un «latín innovado», que no agradaría precisamente a los más puristas, pues Mártir, como muchos otros humanistas, veían la lengua latina como medio de comunicación internacional, más que como lengua específica de una determinada nación; añade que su latín no era «clásico», al estilo de Horacio o Cicerón, pero tampoco «popular», sino más bien «moderno», porque intentó romper con el sistema lingüístico solo comprensible al hombre antiguo y a los eruditos (Galanes, 1989: 431-432). Pero, sin duda, lo más interesante para nosotros es que en su trabajo incluye una nota, la 4, que remite a una obra de Alborg, «Cronistas latinos de Indias», que advierte que es «obra inédita» y que, sin duda, corresponde a su tesis doctoral —aunque no coincida en el título²¹—, pues Galanes (1989: 438, n. 4) indica que, en esta obra, Alborg «estudia el lenguaje de tres autores (Anglería, Sepúlveda y Calvete de Estrella)», los mismos que en la tesis doctoral, «al enfrentarse estos a los neologismos/indigenismos que irrumpieron dentro de las lenguas europeas». Añade luego una mención a unas ideas que expresa Alborg en la p. 492 de su tesis doctoral, a saber, que en el siglo XVI la «captación de un mundo inédito» obligó a suplir las deficiencias del antiguo latín, y Anglería, que se mostró siempre más innovador que otros humanistas, se esforzó por adaptar la latinidad a esa

²¹ Aunque sí con el título que Alborg le da a su tesis en el texto del currículum vitae de 1974 referido más arriba.

nueva realidad, pues para él «la realidad era lo principal y el latín solo un medio». Por tanto, nos encontramos ante quizás la única influencia directa en la literatura científica de un trabajo, la tesis de Alborg, que bien hubiera merecido conocer un mejor destino.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORG, C. (2019): *My Mother, That Stranger. Letters from The Spanish Civil War*, Sussex Academic Press, Brighton–Chicago–Toronto.
- ALBORG, J. L. (1960): *Cronistas latinos de América en la España del siglo XVI (Contribución a su estudio)*, Tesis, Universidad de Madrid.
- GALANES, A. L. (1989): «La *Occeanea Decas* (Hispani: Jacobum Corumberger, 1511) de Pedro Mártir de Anglería», en M. Criado de Val (ed.), *Literatura Hispánica: Reyes Católicos y Descubrimiento*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, pp. 431-440.
- GIL FERNÁNDEZ, L. (1981): *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Alhambra, Madrid.
- GONZÁLEZ LOZANO, F. (2015): *Historia pedagógica del Seminario Conciliar de San Atón, 1851-1962*, Tesis, UNED, Madrid.
- HORACIO (1941): *Odas: libro primero*, Tipografía Moderna, Valencia del Cid. Selección, traducción, ordenación y notas de Juan Luis Alborg.
- OLMEDILLAS, M.^a N. (1974): *Pedro Mártir de Anglería y la mentalidad exoticista*, Gredos, Madrid.
- PASAMAR ALZURIA, G. e I. PEIRÓ MARTÍN (2002): *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Akal, Madrid.
- RODRÍGUEZ CUADROS, E. (2017): «“Desmontando” a Calderón: La dramaturgia crítica de Francisco Ruiz Ramón», *Hipógrifo*, 5, 1, pp. 371-395.